

ETNICIDAD, TEORÍA, Y TRADICIÓN: UNA REPUESTA

Walter POHL

Traducción: María Luján DÍAZ DUCKWEN

Universidad Nacional del Sur

Procedencia del texto traducido:

Walter POHL, "Ethnicity, Theory, and Tradition: A Response", en Andrew GILLET (ed.), *On Barbarian Identity. Critical Approaches to Ethnicity in the Early Middle Ages*, Turnhout, Brepols, col. Studies in the Early Middle Ages 4, 2002, pp. 221-39.

Es raro que un libro de cuarenta años haya recibido tanto debate crítico como el *Stammesbildung und Verfassung* de Reinhard Wenskus en el presente volumen.¹ El modelo de etnicidad de Wenskus supone que una pequeña *Traditionskern*, un núcleo de tradición (no necesariamente una familia real), transmite y propaga tradiciones étnicas que tienen el potencial de conferir identidad sobre una población mucho más grande. La *Stammesbildung*, denominada "etnogénesis" por eruditos posteriores, es el proceso por el cual personas de ambientes muy heterogéneos son atraídas dentro de una nueva comunidad étnica y llegan a ser convencidas por antiguas tradiciones transmitidas oralmente de que comparten un origen común y por lo tanto deberían vivir de acuerdo a ciertos valores y normas (llamada *Verfassung*, "constitución", por Wenskus). Este modelo hizo posible el derrocamiento del paradigma profundamente arraigado de que la etnicidad era en esencia biológica e inmutable y permitió el desenvolvimiento de un entendimiento más dinámico de los procesos étnicos en la Antigüedad Tardía y la temprana Edad Media. Fue luego recuperado y modificado por diferentes eruditos,² la "escuela de Viena", y Herwig Wolfram en particular, han jugado un rol clave en promover este debate.

¹ Wenskus, *Stammesbildung und Verfassung: Das Werden der Frühmittelalterlichen gentes* (Colonia, 1961; repr. Colonia, 1977). Quisiera agradecer a Patrick Geary, Barbara Rosenwein, Ian Wood, Herwig Wolfram, Mayke de Jong, Andrew Gillet, y Helmut Reimitz por sus comentarios y críticas.

² El grupo *Nationes* (inicialmente Beumann, Schlesinger, y otros; Ehlers, Moraw, y Schneidmüller después se movieron a posiciones menos tradicionales) publicó varios volúmenes bajo la serie intitulada "*Nationes*", y específicamente lidiaban con los orígenes altomedievales de Francia y Alemania. En España, Luis A. García Moreno y su escuela ha tenido una postura tradicional con algunas inflexiones nacionalista. Para Italia, véase Stefano Gasparri, *Prima delle nazioni: popoli, etnie e regni fra Antichità e Medioevo* (Roma, 1997). En el debate

Es esta “*Traditionskern*” de la investigación sobre etnicidad en Viena, y Herwig Wolfram en particular, el objetivo real de la crítica reunida aquí. Este debate en los EE.UU. y Canadá tardó bastante en surgir: el libro de Wolfram sobre los godos salió en 1979, y la traducción al inglés es de 1988.³ El tiempo perdido ha sido compensado en años recientes con fervor polémico digno de una acometida goda.⁴ Para resumir, el principal empuje de los “enfoques críticos” presentados en este volumen por Walter Goffart y algunos de sus primeros discípulos de Toronto: es muy dudoso que tanto las antiguas tradiciones o los mitos transmitidos oralmente tuvieran algo que ver en la conformación de los tempranos pueblos medievales. Suponer que el pasado germánico tuvo alguna relación con estos pueblos significa compartir la presunción ideológica del carácter germánico de los tempranos reinos medievales propuesto por primera vez por eruditos tales como Otto Höfler en la Alemania nazi. Aún más, una posible *Traditionskern* real como un agente de etnicidad es un concepto profundamente elitista arraigado en una ideología autoritaria. Parte del argumento es metodológico: los críticos dudan de que las fuentes escritas puedan arrojar luz alguna sobre mitos transmitidos oralmente incluso si los refieren directamente. La otra parte del argumento claramente tiene que ver con la corrección política y no mucho con la temprana Edad Media.

Hay un problema básico con esta crítica: la “teoría de etnogénesis” atacada en algunas de las contribuciones reunidas en este volumen, es un modelo bastante pasado de moda, en gran parte basado en algunos de los trabajos de campo más viejos sin notar que el debate se ha movido desde entonces; algunos de los debates parecen más una “ficción de hecho” que un asunto real. Donde se han tenido en cuenta las contribuciones más recientes, el principal interés radica menos en debatir perspectivas recientes en su contexto, que buscar simples declaraciones que luego puedan exponerse como una prueba de que el autor es un germanófilo fanático, al estilo 1940. Típico de este método es cómo Murray elige, de un paper de cincuenta y cuatro páginas, una única oración acerca del mito de origen de los lombardos para concluir que mi argumento completo se basa en los conceptos de la *germanische Altertumskunde* del siglo XIX.⁵ Mi argumento es exactamente lo contrario de lo

británico, las contribuciones de Herman Moisl han sido bastante periféricas; Ian Wood ha presentado algunas ideas originales.

³ Wolfram, *History of the Goths*, trad. por Thomas J. Dunlap (Berkeley, 1988) el trabajo debe ser utilizado en la tercera edición revisada *Die Goten von der Anfängen bis zur Mitte des Sechsten Jahrhunderts: Entwurf einer historischen Ethnographie*, 3ª edición (Munich, 1990).

⁴ El debate fue abierto por Goffart, “Two notes on Germanic Antiquity Today”, *Traditio*, 50 (1995), 9-30.

⁵ Pohl, ‘Telling the difference: Signs of Ethnic Identity’, en *Strategies of Distinction: The Construction of Ethnic Communities, 300-800*, ed. Por Walter Pohl y Helmut Reimitz, TRW, 2 (Leiden, 1998), pp. 17-69. En la p. 58: “El rico simbolismo de la historia incluye referencias a una adopción del wotanismo, uno de los epónimos de Wodan en la mitología nórdica es “el de la barba larga”, y un asunto género que parece ser reminiscencia de la transmisión a una sociedad patrilineal”. La historia del origen lombardo se encuentra en *Origo gentis Lang.*,

que Murray entiende: en vez de una tradición arcaica continua y fuerte que forjó la identidad lombarda en Italia, hubo ambigüedades, paradojas, malentendidos, y olvido. El artículo entero está destinado a demostrar qué poco era natural y claro con respecto a las nuevas identidades étnicas de godos, lombardos, o francos cuando fundaron sus reinos en suelo romano. Ellos emplearon lo que pudieron encontrar, incluidos mitos antiguos y símbolos, etnografía romana, mitología clásica, e historia bíblica, para afirmar y delinear sus diferencias. Pero no hay señal de una *Traditionskern* confidente en segura posesión de verdades antiguas. El discurso étnico permaneció ambiguo, desigual y tentativo, y con frecuencia tuvo que ser renegociado.

Murray alegremente ignora todo esto para ponerme a raya; su veredicto ha sido claro desde el comienzo. En el lenguaje del mito, Otto Höfler vino a Alemania en donde conoció a un monstruo, Heinrich Himmler y luego engendró a Reinhard Wenskus, quien engendró a Herwig Wolfram, quien engendró a Walter Pohl. Apartando a este último, no me opongo para nada a una reconstrucción de genealogías científicas. Sin duda, el estudio de la temprana etnicidad medieval es uno de los campos que siempre ha estado más impregnado por la ideología y el academicismo partidista. El excelente estado de la cuestión de Florin Curta sobre la historia de la arqueología eslava es exactamente la clase de meta-historia que necesitamos a fin de monitorear la historiografía y nuestro propio lugar dentro de ella. Es poco claro, por ejemplo, por qué un importante editor británico en el segmento de la educación superior ha decidido recientemente publicar un libro sobre los primeros eslavos que comienza su historia en el Paleolítico.⁶ En muchos aspectos, la historiografía alemana y austríaca hasta bien pasado 1945, y la *germanische Altertumskunde* más aún que otras disciplinas, ofrece un panorama más inhóspito de preocupaciones nacionalistas, y su historia es aún poco investigada.⁷ Por un tiempo considerable después de 1945, las universidades

1, y en Pablo Diácono, *Hist. Lang.*, 17-9. Al comienzo de la historia, los Vinnili eran liderados por una mujer, Gambara; luego son nombrados longobardos/lombardos por Wodan y tienen líderes masculinos. Uno podría debatir si esto sugiere un cambio de una sociedad matrilineal a una patrilineal o, si más bien, refleja percepciones tempranamente medievales de un pasado remoto. Walter Goffart (en este volumen, p. 35) está en lo correcto al impugnar el epónimo Longbeard para Wodan; es un hecho sólo inferido por eruditos sobre la base de textos escandinavos tardíos que a su vez pueden estar basados en Pablo Diácono (agradezco a Robert Nedonna, Viena, por la información sobre este punto). Pero no se puede aseverar que yo he sugerido reminiscencias de wodianismo centrales para la etnicidad lombarda en Italia. Por el contrario, la siguiente oración dice, “los lombardos en Italia pueden no haber sido conscientes en cómo en muchos aspectos sus barbas fueron un signo *liminal*, paradójicamente cargado con sus ambigüedades iniciales”.

⁶ Pavel Dolukhanov, *The Early Slavs: Eastern Europe from the Initial Settlement to the Kievan Rus* (Londres, 1996); véase más arriba la contribución de Florin Curta.

⁷ Para una introducción, véase Pohl, *Die Germanen*, *Enzyklopädie deutscher Geschichte*, 57 (Munich, 2000). Un simposio reciente en Freiburg fue dedicado a la historia de la disciplina: *Zur Geschichte der Gleichung 'germanisch-deutsch'*, *Reallexikon der germanischen Altertumskunde*, 2ª ed. de otro modo menos especificado (Berlín, 1973-), *Ergänzungsbände* (de próxima aparición). Cf. la contribución de Hubert Fehr en este volumen, resultado de un proyecto de Freiburg para estudiar el rol de la arqueología en la ideología nacionalista.

continuaron siendo dominadas por los Höfflers y Brunners, en tanto que aquellos cuyas carreras académicas habían sido interrumpidas por los nazis continuaban, a lo más, enseñando en el extranjero.⁸ Pero lo que “la teoría de etnogénesis” ha logrado es separarse de este hilo fatal de continuidad. Sólo observadores muy lejanos en tiempo y espacio pueden ignorar que hubo un cambio en el paradigma, quizá gradual pero fundamental.⁹

La “teoría de etnogénesis” ha recorrido un largo camino desde Wenskus, a cuyo trabajo, en el contexto de los eruditos de la postguerra alemana, Alexander Murray le dedicó una útil pero parcial discusión. Él argumenta que Wenskus ahora a menudo es acreditado por haber acabado con la afirmación de que un pueblo es una entidad biológica, pero esa opinión, después de todo, ya había sido aclarada desde hacía tiempo. Aquí Murray subestima el peso del argumento biológico entre eruditos germano-parlantes aún después de 1945 (y por cierto, dentro de mi propia carrera como erudito, que empezó alrededor de 1980), y los esfuerzos necesarios para vencer las perspectivas de larga data sostenidas por la *germanische Altertumskunde*. Es correcto que ya se ha propuesto antes que la etnicidad es esencialmente subjetiva,¹⁰ pero las opiniones recibidas en el campo resultaron sumamente tenaces. Luego Murray continúa (p. 51 arriba): “Él [Wenskus] no escribió para establecer este punto. Escribió para contradecir la implicación de que la tradición *Stamm* había sido interrumpida por el proceso político de la *Völkerwanderungszeit*”. Muchas de las opiniones de Wenskus por cierto están influidas por la llamada *Neue Verfassungsgeschichte* de 1950 (“teoría del señorío”, como Murray muy acertadamente la llama) que debe algunos de sus impulsos al discurso programático de Otto Höfler en el *Deutscher Historikertag* en 1937, en el que acentuaba las raíces germánicas de los reinos medievales.¹¹ En muchos aspectos, Wenskus se ha movido más allá de las perspectivas de Höfler, pero en otros, se quedó con el

⁸ La pérdida a largo plazo de la capacidad intelectual, pero también en liberalidad y creatividad, fue dramática. Un caso para señalar es el de Gerhart Ladner quien tuvo que dejar Viena en 1938, y enseñó en Toronto, UCLA, y en otros sitios; he tenido el gran privilegio de editar sus memorias: Gerhart B. Ladner, *Erinnerungen*, editado por Herwig Wolfram y Walter Pohl (Viena, 1994).

⁹ No es coincidencia que las críticas en este volumen acentúen la recepción española de las ideas de Wolfram. García Moreno y su escuela utilizan gran parte de la obra de Wolfram, pero lo leen de una manera que más bien recuerda el estado de la cuestión antes de Wolfram.

¹⁰ La lista de Murray de las declaraciones de etnicidad subjetiva anteriores a Wenskus, y del mismo Wenskus, puede ser complementada con la mía: Pohl, “Tradition, Ethnogenese, und literarische Gestaltung: eine Zwischenbilanz”, en *Ethnogenese und Überlieferung: Angewandte Methoden der Frühmittelalterforschung*, ed. Por K. Brunner y B. Merta (Viena, 1994), pp. 9-26. Para apreciar el progreso hecho por Wenskus, es suficiente darle un vistazo a *Germanische Stammeskunde* (Heidelberg, 1956) de Ernst Schwarz, publicado pocos años antes.

¹¹ Otto Höfler, “Das Germanische Kontinuitätsproblem”, *Historische Zeitschrift*, 157 (1938), 1-26 suponía una “jahrtausendealte Kontinuität der politischen Souveränität” de los germanos, por lo que no hay comparación “weder im europäischen Osten, Südosten noch Westen” (p. 5). El vio esta continuidad fundada en la raza y la “kultische Bindung ihrer Gemeinschaftsformen” (p. 24). Véase mi relato de Höfler y la *Neue Verfassungsgeschichte*, y su crítica, en Walter Pohl, “Herrschaft”, en *Reallexikon der germanischen Altertumskunde XIV* (1999), pp. 443-57.

concepto básico de que los reinos posromanos tuvieron una base política e ideológica germana. Wenskus aún trabajaba dentro de los paradigmas de la “*germanische Altertumskunde*”.

En este aspecto, la crítica de Murray a Wenskus es paralela a la mía (que él deja de lado en la p. 40, con un comentario irónico sobre la caída en desgracia de Wenskus). Yo he propuesto cuatro puntos en los cuales considero insostenible la posición de Wenskus: 1) el concepto de *Stamm* indica que esas tribus fueron componentes de un *Volk* germano o pueblo, que no pienso existiera en la Antigüedad Tardía o la temprana Edad Media, excepto como una abstracción lingüística; 2) sus opiniones elitistas implican la idea de la *Traditionskern*; 3) su fuerte predilección por la *Geistesgeschichte*, un concepto filosófico alemán sólo vagamente al inglés por “historia de las ideas”, que permitió una definición subjetiva de etnicidad, pero implicó que la ideología del *gentilismus* fuera una fuerza de cambio casi metafísica; y 4) la dicotomía esquemática de romano y germánico, y la casi exclusiva interpretación germánica de la historia de la *Stammesbildung*.¹² Fue precisamente Herwig Wolfram quien subrayó los cimientos romanos de los reinos godos, al contrario de las opiniones sostenidas por Höffler, Schlesinger, y Wenskus. El “mantra” de Patrick Geary de que “el mundo germano fue quizá la mayor y más duradera creación del genio político y militar romano” bosqueja un nuevo paradigma que es contrario a todo lo que Höffler siempre creyó.¹³ Cuando godos y francos entraron en las provincias romanas, venían de grupos que habían vivido mucho tiempo en la vecindad del Imperio (como Walter Goffart, p. 30 arriba, correctamente ha subrayado), y la experiencia había cambiado a estas sociedades (la *Vida de San Saba* arroja algo de luz sobre los conflictos involucrados)¹⁴. Visigodos, ostrogodos, vándalos, burgundios, y francos fundaron sus reinos sobre territorio romano al menos una generación después de entrar en él¹⁵. El trabajo de los autores bajo fuego en este volumen ha contribuido considerablemente a refutar la “*staatsbildende Kraft*” (“fuerza de construcción del estado”) de Höfler, de los germanos. Estos fueron los reinos pos-romanos fundados por ejércitos federados romanos en gran parte de origen bárbaro.

¹² Ya he publicado esta crítica en mi artículo de 1994, Pohl, “Tradition, Ethnogenese, und literarische Gestaltung: eine Zwischenbilanz”, en *Ethnogenese und Überlieferung: Angewandte Methoden der Frühmittelalterforschung*, ed. Por K. Brunner y B. Merta (Viena, 1994). Para una discusión completa, véase mi *Le origini etniche dell'Europa* (Roma, 2000). Desgraciadamente, no ha aparecido en inglés aún.

¹³ Geary, *Before France and Germany: The Creation and Transformation of the Merovingian World* (Oxford, 1988), p. iv; Murray, arriba, p. 45, n. 24, encuentro su propósito “no obvio” porque socava su argumento.

¹⁴ E. A. Thompson, *The Visigoths in the Time of Ulfila* (Oxford, 1966).

¹⁵ Los visigodos de 376 a 418; los vándalos de c. 400 hasta 429-39; los ostrogodos desde 454 hasta 493; la datación es más difícil en el caso de los francos, pero estaban bien establecidos en Galia cuando Clovis comenzó a construir su reino.

El colapso o declinación de las comunidades godas o francas fuera del imperio, los a menudo años turbulentos luego de que hubieran entrado al imperio, y su establecimiento como una fuerza rectora en las zonas centrales del imperio también indujo a considerables cambios en su composición, como ha mostrado el detallado análisis de Wolfram para los godos y como el estudio de Kulikowski en este volumen también reconoce. La magnitud de la reorganización étnica seguramente varió en cada caso, y razonablemente puede ser debatida. Para los ostrogodos, las opiniones alternativas van de la aseveración de Peter Heather de que muchos miles de godos formaron un núcleo estable de goticismo (una posición que Kulikowski llama “revisionismo neo-romántico”) hasta la argumentación de Patrick Amory de que bajo Teodorico, la identidad goda se había convertido en simple ideología, un “constructo evanescente” (Kulikowski, pp. 72-74 arriba). Considero ambas contribuciones como discutibles, pero no muy convincentes; tienen el mérito de probar una alternativa para los modelos de “etnogénesis” de un modo cabal.

En este volumen, se pueden hallar por otro lado dos respuestas. Murray insiste en “la asociación étnica banal, inequívoca y convencional”: “una persona era un franco, un romano, o un burgundio por nacimiento” (pp. 58-59). Esto no es particularmente útil porque no da cuenta de los cambios o ambigüedades en la afiliación étnica, aunque Murray deja un margen para tales cambios en principio; su opinión se aproxima al “revisionismo neo-romántico”. Una segunda posición está implícita en muchas afirmaciones, y es consistentemente discutida por Michael Kulikowski: no podemos ir detrás de las palabras de nuestras fuentes para descubrir lo que eran en realidad los colectivos bárbaros (p. 74). Regresaré a este argumento más abajo; Kulikowski evita seguir su escepticismo epistemológico hasta sus fatales consecuencias (de que sólo podemos estudiar textos como textos, y que no tenemos acceso para nada a las realidades del pasado) al reconocer que “*podemos* estudiar la actividad bárbara” (p. 74). Esto, por cierto, es una importante herramienta metodológica; sabemos lo suficiente sobre un amplio rango de actividades bárbaras que comparadas pueden procurar algunas ideas generales acerca de sus opciones y potencial mientras entraron en el mundo romano. No tenemos que confiar nada más que en las percepciones. La reconstrucción de los acontecimientos puede tener sus límites, pero sigue proporcionando material suficiente para probar la coherencia de los grupos étnicos bajo una amplia variedad de circunstancias.

Los nuevos pueblos que gradualmente se establecieron en suelo romano cargaban nombres antiguos. Todos ellos habían sido conocidos desde el siglo III; algunos están atestiguados desde el siglo I d.C. (longobardos, rugos, burgundios), un número en forma mínimamente diferente (godos-gutones, vandali-vandili). Esto nos lleva al asunto más polémico debatido aquí. La mayoría de los eruditos acuerdan hoy en que estos nombres simplemente no identifican a pueblos errantes, coherentes que, por ejemplo, dejaron Escandinavia alrededor del cambio de nuestra era para asentarse en Italia en los siglos V y VI. La pregunta es qué más significa esta continuidad de nombres. Grupos muy diferentes aparecen como godos en fuentes de la antigüedad tardía: piratas y marineros en el Mar Negro en el siglo III; jinetes de la estepa o, al mismo tiempo, campesinos pacíficos del norte del Bajo Danubio; unidades federadas romanas después del 376; grupos de oficiales privilegiados en la corte bizantina; o una clase de terratenientes ricos en España visigoda. Las migraciones “godos” pueden tomar formas muy diferentes: el movimiento gradual de un área de asentamiento; fuga masiva luego de la invasión hunica;¹⁶ migración ocasional de individuos o pequeños grupos a lo largo de rutas establecidas (por ejemplo hacia Bizancio); marchas organizadas de tropas federadas; el movimiento de grandes grupos heterogéneos de guerreros seguidos por familias y dependientes; o la expansión de un reino post-romano. Líneas sobre un mapa, uno de los temas favoritos de Walter Goffart, no dan una impresión adecuada de estos acontecimientos sucesivos que no constituyen una única “migración goda”, sino que sólo sería convertida en una narrativa lineal después (yo estoy de acuerdo con Goffart sobre este punto).

¿Por qué todos estos grupos diferentes fueron llamados godos? Una posible respuesta es que el nombre fue dado principalmente por los romanos a un grupo heterogéneo de bárbaros quienes compartían ciertos rasgos fundamentales pero que por otro lado tenían poco en común. Este parece ser el caso con los “germanos” de César; el nombre puede haber indicado a un grupo más pequeño en algún lugar cerca del Rin, pero su definición territorial fue obviamente invención del César. Las tropas

¹⁶ Michael Kulikowski (p. 76, n. 20 arriba) piensa que imaginar a los godos del 376 como refugiados está muy influenciado por la experiencia de las guerras modernas, y que el impacto de los hunos no puede haber sido en una escala similar. Pero las imágenes de migración masiva vienen de Amm. Marc., XXXI 4, y otros autores contemporáneos. Pueden ser exageradas, pero no deberíamos minimizar el grado de violencia, pánico, y peligro existencial del que los pueblos en la Antigüedad Tardía fueron objeto a veces, solo porque el siglo XX ha visto incluso peores.

federadas romanas sobre el Rin (por ejemplo en las guerras civiles) son los únicos “germanos” para los que hay evidencia de que siempre se consideraron como germanos; por otro lado una identidad fuerte no parece haber correspondido con el nombre, y éste virtualmente desapareció en el curso de los siglos IV-V, aparte de las supervivencias antiguas.¹⁷ Recientemente, Florin Curta ha sugerido una interpretación similar de la identidad eslava temprana, una hipótesis muy atractiva que sin embargo tendrá que ser debatida en más detalle sobre la base de su nuevo libro.¹⁸ De nuevo, estamos tratando con una población extensa designada con un nombre bastante general. En este caso, sin embargo, el nombre pegó, y los esclavos actualmente adoptaron el nombre para ellos. El nombre godos, o mejor dicho “pueblos godos”, también sirvió para la clasificación etnográfica en los siglos V y VI; gépidos, rugos, alanos, vándalos, y otros fueron o no, contados entre ellos por diferentes autores.¹⁹ Sin embargo, a pesar de la confusión etnográfica, la evidencia desorganizada como está, parece indicar que para muchos godos, el nombre étnico sirvió como una auto-designación.²⁰

A pesar de la crítica masiva reunida aquí contra este punto, sigo pensando que la explicación de Wolfram para el amplio uso del nombre es muy recomendable. Al menos hasta donde su nombre tuvo que ver, el pasado distante afectó a los godos o lombardos. En estos dos casos también tenemos material adicional que afirma originarse en un pasado remoto: Jordanes para los godos; y la historia del origen lombardo atestiguado, en diferentes versiones, en el *Origo Gentis Langobardorum*, en Fredegar, en Pablo Diácono, y en la *Historia Langobardorum Codicis Gothani* (muchas más veces *Historiae*). Estos casos son bastante excepcionales, es la verdad, pero no únicos. No hay duda de que la afirmación de estos textos de los orígenes antiguos para estos pueblos es fuertemente ideológica y no puede ser aceptada tal cual. No obstante, Walter

¹⁷ Para un reconocimiento detallado del debate, ver Pohl, *Die Germanen*, Enzyklopädie deutscher Geschichte, 57 (Munich, 2000).

¹⁸ Curta, *The Making of the Slavs: History and Archaeology of the Lower Danube Region*, ca. 500-700 (Cambridge, 2001).

¹⁹ Walter Pohl, “I Goti d’Italia e le tradizioni delle steppe”, en *Teodorico il Grande e I Goti d’Italia*, Atti del XIII Congresso Internazionale di studi sull’Alto Medioevo 1992 (Spoleto, 1993), pp. 227-51.

²⁰ Véase, por ejemplo, el material prosopográfico en Amory, *People and Identity in Ostrogothic Italy, 489-554* (Cambridge, 1997), pp. 348-485. Él subraya la falta de sólidas afirmaciones de la identidad gótica. En gran parte de las fuentes que usa, sin embargo, huelga decir que estos eran godos.

Goffart, ha insistido en que estos textos son puramente literarios.²¹ Este es un debate abierto, y después de una buena dosis de post-modernismo la marea está aún a favor de ver temprana historiografía medieval como esencialmente ficcional. La mayoría de los colaboradores de este volumen obviamente comparten este punto de vista. El llamado a la precaución contra tomar los textos historiográficos con valor nominal, y sobrevalorar su valor como fuentes para un pasado remoto, ha sido muy valorable; pero no pienso que una interpretación puramente literaria de la temprana historiografía medieval sea adecuada tampoco. La mayoría de los autores no buscaban simplemente entretener y ser edificantes, también tenían un interés personal. Y tenían un público que tomar en cuenta.

Ésta es un área en el cual la investigación en numerosos campos ha hecho progresos considerables en los años recientes: memoria y olvido, la configuración del pasado, textos de identidad.²² Anthony Smith ha argumentado recientemente por una aproximación “etnosimbólica” a los problemas de etnicidad y la nación. Él argumentó que “el pasado tiene el poder de conformar preocupaciones presentes al instalar los parámetros culturales y las tradiciones para nuestras presentes comprensiones, necesidades e intereses [...]. El etnosimbolismo estima los componentes centrales de los fenómenos étnicos y nacionales como los socioculturales y simbólicos, más que los demográficos o políticos. [...]. Estos elementos consisten de recuerdos, mitos, valores, y tradiciones y prácticas institucionalizadas que derivan de ellos”²³. Todo esto no parece haber impresionado a algunos de los autores de este volumen.

Por mucho tiempo, las historia de origen de los godos y lombardos fueron usadas como fuentes para la historia de hechos, y el deambular que ellos relataron fue trazado sobre mapas. En mi opinión, buscar el *Anthaiib*, *Bainaib*, y *Burgundaib* de la lombarda *Origo gentis* tiene poco valor heurístico. Pero cualquiera que quiera desechar estos textos como ficciones del siglo VI y VII (a primera vista, una hipótesis razonable) tiene para contabilizar muchas particularidades. Primero, hay un número de nombres claramente no romanos en ellos, los cuales no pueden ser simplemente explicados como invenciones en el acto del mayordomo godo de Jordanes, o similar. Wodan y Freyja, señalan a la religión germana, Gaut (el ancestro Amal) más específicamente a Escandinavia. Y ¿qué hacemos con las brujas godas, las

²¹ Goffart, *The Narrators of Barbarian History, (AD 550-800): Jordanes, Gregory of Tours, Bede, and Paul the Deacon* (Princeton, 1988).

²² Patrick Geary, *Phantoms of Remembrance: Memory and Oblivion at the End of the First Millenium* (Princeton, 1994).

²³ Anthony D. Smith, *The Nation in History: Historiographical Debates about Ethnicity and Nationalism* (Hanover, NH, 2000), pp. 62 y 66. Véase también John Armstrong, *Nations before Nationalism* (Chapel Hill, 1982).

haliurunnae,²⁴ o los semidioses, los *ansis*? ¿Y los topónimos como *Oium*, *Gepedoios*, *Golaida*: son todos inventos de autores latinos? Ciertamente Höffler y Hank basaron muchas de sus intrincadas interpretaciones en cada uno de estos y de otros muchos casos. Pero ninguno de estos nombres se encuentra en alguna etnografía clásica; representan (en la terminología de Wolfram) material pre-etnográfico que tiene que ser contabilizado.

La segunda observación es la construcción de la historia de orígenes en Jordanes (la cual yo asumiría haberse basado mayormente en Casiodoro, pero que no es un prerrequisito necesario para esta argumentación). El grandioso pasado escita, gético y dacio que fue mezclado dentro del molde literario de la Gética sobre la base de Justino, Orosio, y otros trabajos ofrece un relato de origen muy terso y bien construido, aunque totalmente ficticio, de los godos. Como el reino escita fue considerado el más viejo del mundo, sería suficiente dar a los godos la clase de pasado noble del que Casiodoro decía se jactaba el rey Atalarico en el Senado.²⁵ La historia de origen escandinava no cabe en él, viene desordenadamente en trozos y piezas pequeñas, y subvierte la narrativa ordenada basada en fuentes escritas.²⁶ Contiene material y nombres no atestiguados en otros textos escritos. Tanto Casiodoro (en el discurso de Atalarico) como Jordanes se refieren a la tradición oral.²⁷ Pablo Diácono es un caso similar; recuenta la historia longobarda, insistiendo dos veces en que esas eran fábulas ridículas.²⁸ Walter Goffart ha conducido una campaña insistente contra toda suerte de tradiciones orales y saber pagano; pero suponer que la historiografía latina fue escrita por novelistas del estilo del siglo XX que sabían cómo colocar todo los nombres etimológicamente correctos en lenguas extranjeras para hacer sus historia plausibles, no es suficiente para explicar toda la evidencia que hay. Una explicación más viable para esta irrupción desagradable de material de estilo arcaico puede ser que ambos, Casiodoro (o Jordanes) como Pablo, que no valoraba mucho esta clase de saber, aún la tenían en cuenta; no porque fuera un buen relato (arruinaba una buena historia, en el caso de la *Getica*), sino porque parte del público lo esperaba.

²⁴ Jordanes, *De origine actibusque Getarum*, en Jordanes, *Romana et Gética*, ed. por T. Mommsen, *Monumenta Germaniae historica*, Auctores antiquissimi v.1 (Berlín, 1882), 121.

²⁵ Casiodoro, *Variae*, traducida por S.J.B. Barnish, TTH, 12 (Liverpool, 1992), ix, 24.

²⁶ Jordanes, *De origine actibusque Getarum*, en Jordanes, *Romana et Gética*, ed. Por T. Mommsen, *Monumenta Germaniae historica*, Auctores antiquissimi v. 1 (Berlín, 1882), 25-28, 79-81, 94-101, 121-22.

²⁷ Jordanes, *De origine actibusque Getarum*, en Jordanes, *Romana et Gética*, ed. Por T. Mommsen, *Monumenta Germaniae Historica*, Auctores antiquissimi v. 1 (Berlín, 1882), 28: "in priscis eorum carminibus pene storico ritu in commune recolitur"; *Gética*, 79: "ut ipsi suis in fabulis referunt".

²⁸ Pablo Diácono, *Historia Langobardorum*, ed. Por Ludwig Bethmann y Georg Waitz, en *Monumenta Germaniae historica*, Auctores antiquissimi Scriptores rerum Langobardicarum et Italicarum saec. VI-IX, ed por G. Waitz, L. Bethmann y O. Holder-Egger (Hannover, 1878), pp. 12-187. Ver I 7-9.

Este es, de hecho, el problema con estos fragmentos: ellos no hacen una buena historia; la arruinan, y continúan haciéndolo en la erudición moderna. Ellos raramente representan una tradición inequívoca sino que tratan de reconciliar algunas opciones y excluir otras (Jordanes argumenta en un punto contra una historia del origen británico de los godos)²⁹. Había todo tipo de relatos aproximados, algunos de ellos además despectivos, y las tensiones en nuestras fuentes parecen ser rastros de una constante renegociación de identidad. En el caso de la versión escrita de la *Origo gentis Langobardorum*, puede ser argumentado que Teodelinda y Gundeperga, dos reinas de la “dinastía bávara”, tenían un interés específico en ella y que estaba lejos de ser igualmente significativa para todo el mundo.³⁰

Los fragmentos “pre-etnográficos” no pueden ser datados razonablemente (con la excepción de la historia *haliurunnae*, que debe ser posterior al 375); sus explicaciones son dudosas; sus efectos sobre la identidad gótica pueden haber variado. Pero están allí. La idea de que los textos y los recuerdos contribuyeron de alguna manera a la configuración de las identidades es una presunción común en los estudios medievales contemporáneos.³¹ Si dioses, héroes, y genealogías figuran en ellos, es muy posible que estas historias significaran algo para alguien. Si dioses, héroes y genealogías figuran en ellos, es aún más probable que estos relatos significaran algo para alguien. Los mitos y las historias pudieron motivar, y pudieron ser usados para motivar; estuvieron abiertos a apropiaciones diferentes, y una diversidad de grupos godos (y sus líderes) pudieron basar sus reclamos en una mezcla específica que además podía incluir cualquier cantidad de etnografía clásica e historia bíblica. En general, daban cuenta de lo que era un nombre: la “energía social”, como Stephen Greenblatt lo ha llamado.³² Para la difusión de estas historias no es necesario asumir una sólida *Traditionskern*; la apropiación de *ridiculae fabulae* que existían y su difusión jugó su parte. Ciertamente, los carolingios reinventaron su

²⁹ Jordanes, *De origine actibusque Getarum*, en Jordanes, *Romana et Gética*, ed. Por T. Mommsen, *Monumenta Germaniae Historica, Auctores antiquissimi* v. 1 (Berlín, 1882), 38; él concluye con un comentario directo sobre las perspectivas alternativas acerca del origen de los godos en Constantinopla que refuta: “nos enim potius lectioni credimus quam fabulis anilibus credimus”. Véase también el libro de pronta aparición de Andrew Merrills acerca de las digresiones geográficas en la temprana historiografía medieval.

³⁰ Walter Pohl, “History in Fragments: Montecassino’s Politics of Memory”, *Early Medieval Europe*, 10 (2001), de próxima aparición; idem, “Memory, Identity and Power in Lombard Italy”, en *The Uses of the Past in the Early Middle Ages* ed. Por Yitzhak Hen y Matthew Innes (Cambridge, 2000), pp. 9-28; idem “Paolo Diacono e la costruzione dell’identità longobarda” en *Paolo Diacono: uno scrittore fra tradizione longobarda e rinnovamento carolingio*, ed. Por Paolo Chiesa (Údine, 2000), pp. 413-26.

³¹ James Fentress y Chris Wickham, *Social Memory* (Oxford, 1992); Geary, *Phantoms of Remembrance*; Elizabeth van Houts, *Memory and Gender in Medieval Europe, 900-1200* (Londres, 1999); Elizabeth van Houts (ed.), *Medieval Memories: Men, Women and the Past, 700-1300* (Harlow, 2001).

³² Stephen Greenblatt, *Shakespearean Negotiations: The Circulation of Social Energy in Renaissance England* (Berkeley, 1988).

propio pasado germánico, y sus gustos literarios son responsables de mucho de lo que nosotros conocemos sobre él.³³ A pesar de eso a penas lo hicieron de repente, con nada con qué empezar, pero basados en relatos que el pueblo contaba.

De esta manera, las posibilidades son que los godos no fueron, como Walter Goffart argumenta tan brillantemente, felizmente olvidadizos de su pasado oscuro y pagano. A la luz de la antropología cultural, esto sería imposible. Es verdad que los recuerdos históricos se desvanecen en el olvido después de cerca de tres generaciones, pero antes, más allá del llamado “hueco flotante”, y aún a través de considerables extensiones de tiempo, muchos pueblos recuerdan orígenes, quizá no como realmente sucedieron, pero tampoco de una forma del todo maleable.³⁴ La mayoría de las teorías de etnicidad suponen que un “mito motor” (como A.D. Smith lo llamó) jugó un rol central en la construcción de la identidad étnica³⁵. Los eruditos europeos que visitan Cambridge, Massachussets, a menudo se sorprenden del entusiasmo con el cual muchos de sus habitantes pueden indicar el lugar exacto sobre el pavimento donde ocurrió alguna hazaña memorable de liberación, y contar la historia en detalle. Cosas similares ocurren en muchos países en el mundo. Me contaron cuando era niño cómo llegó el café por primera vez a Viena cuando la tienda del visir fue saqueada luego de que el sitio turco de 1689 hubiera fallado —el mito de origen de la cafetería de Viena.

Al interpretar los mitos de origen, Höfler y sus sucesores cometieron un error metodológico fundamental: distinguieron tajantemente entre “mito auténtico” (tal como los orígenes escandinavos de godos y lombardos) e invenciones insignificantemente intelectuales (como el origen troyano de los francos, o el origen macedonio de los sajones)³⁶. De un modo curioso, algunas contribuciones en este volumen parecen repetir este error, con el objetivo opuesto de minimizar la historia “auténtica”. Sin embargo, la función de todas estas historias es similar. En un sentido, todas las tradiciones son tradiciones inventadas,³⁷ aún cuando la batalla goda contra los

³³ Roberta Frank, “Germanic Legend in Old English Literature”, en *The Cambridge Companion to Old English Literature*, ed. por Malcolm Godden y Michael Lapidge (Cambridge, 1991), pp. 88-106; eadem, *The Search for the Anglo-Saxon Oral Poet* (Manchester, 1993) = *Bulletin of the John Rylands University Library of Manchester*, 75 (1993), 11-36; Matthew Innes, “Teutons or Trojans? The Carolingians and the Germanic Past”, en *The Uses of the Past in the Early Middle Ages*, ed. por Yitzhak Hen y Matthew Innes (Cambridge, 2000), pp. 227-49.

³⁴ Jan Assmann, *Das Kulturelle Gedächtnis*, 2ª edición (Munich, 1997), p. 48 (usando un concepto de Jan Vansina).

³⁵ Anthony Smith, *The Ethnic Origins of Nations* (Oxford, 1986), pp. 57-68.

³⁶ Resumido en Otto Höfler, “Abstammungstraditionen”, en *Reallexikon der germanischen Altertumskunde I* (1973), pp. 18-29.

³⁷ *The Invention of Tradition*, ed. por Eric Hobsbawm y Terry Ranger (Cambridge, 1983). Véase también Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (Londres, 1991).

vándalos o la Tertulia del Té de Boston puedan verdaderamente haber ocurrido. No son necesariamente las historias de origen ficticias más ordenadas y bien definidas que la versión comprometida de Jordanes de la leyenda de origen gótico. Como Alexander Murray ha demostrado hábilmente en el caso de los francos, Gregorio y Fredegario tuvieron que resignarse con una evidencia más bien contradictoria. Troya y el Quinotaurus, turcos y frigios, Panonia y el Rin pueden ser difícilmente elementos bien calculados de un argumento literario maestro. Parecen representar los trozos y piezas que se reunieron en un proceso complicado de asimilación étnica. El origen troyano dio lo mejor de él y adquirió amplia aceptación, similar a la historia gambara de los lombardos. El éxito a largo plazo de estas historias puede ser medidas por préstamos literarios y la circulación de manuscritos. El *Chronicon Salernitanum*, escrito hacia 974, relata un episodio en el cual un noble lombardo llamado Rampho contradice a su príncipe, quien sugiere pagar tributo a los francos invasores: “Es mejor morir peleando que vivir infelizmente aquí. Mi señor, ¿nunca habéis leído cómo nuestros ancestros dejaron su tierra natal debido a los tributos que los vándalos les requirieron?”³⁸. Tal ramboísmo étnico puede ser ficticio, pero debe haber parecido una cosa probable de suceder. Para el período del establecimiento de los *regna*, la evidencia es escasa y bastante incierta. Pero es difícil imaginar que los guerreros bárbaros de aquel momento fueran tan distraídos que olvidaran a sus dioses y a sus (putativos) antepasados completamente.

La *Traditionskern*, el núcleo de tradición, no es un modelo muy adecuado para que tales tradiciones fueran recordadas: “la imagen de un módulo central implica una engañosa sensación de solidez e inmutabilidad. Más bien, fue un juego libre de grupos y redes más o menos envueltos en ‘prácticas étnicas’”³⁹. La historia de la dinastía Amala fue al menos tan disruptiva como la de los godos en general y no puede ser rastreada más allá del padre de Teodorico de ninguna manera razonable.⁴⁰ Más bien presumiría que todo tipo de relatos de origen sobre los godos fueron conocidos para todo tipo de personas. El arte de hacer sentir a

³⁸ *Chronicon Salernitanum: A Critical Edition with Studies on Literary and Historical Sources and on Language*, ed. por Ulla Westerbergh, *Studia Latina Stockholmiensia* 3 (Estocolmo, 1956), p. 39. Debería destacarse que la historia (ambientada a principios del IX) se refiere a la tradición escrita. Cf. Walter Pohl, *Werkstätte der Erinnerung: Mtencassino und die Gestaltung der langobardischen Vergangenheit*, *Mitteilungen des Instituts für Österreichische Geschichtsforschung, Ergänzungsband* 39 (Viena, 2001), p. 170.

³⁹ Pohl, “Telling the difference: Signs of Ethnic Identity”, en *Strategies of Distinction: The Construction of Ethnic Communities, 300-800*, ed. por Walter Pohl y Helmut Reimitz, TRW, 2 (Leiden, 1998), pp. 17-69. Ver p. 67.

⁴⁰ Herwig Wolfram, *History of the Goths*, trad. por Thomas J. Dunlap (Berkeley, 1988), ver pp. 250-55; Peter Heather, *The Goths*, (Oxford, 1996), pp. 113-17.

la gente parte de un grupo étnico consistió en convencerla de que este era de hecho su pueblo, y (si había alguno) su rey, *rex noster*, debido a que compartían cierto pasado común, con todo vagamente definido. De esta manera, el mito romano de origen proveniente de Troya vino a incluir a los galos, y finalmente pudo volverse un relato de origen franco. Asumir que todas estas tradiciones fueron el trabajo de unos pocos intelectuales en su torre de marfil (como Höffler hizo también), y que no tuvieron en cuenta las identidades reales, es tan elitista como el modelo de *Traditionskern* de Wenskus, y proyecta las preocupaciones de académicos modernos dentro de un pasado remoto.

Las tradiciones étnicas estaban lejos de estar bien definidas; eran textos abiertos que tuvieron que acomodar narrativas diferentes, aunque no podían ser manipulados a placer. Había tensión entre codificación y modificación. Lo que ha sido conservado por escrito es en muchos casos la versión en la cual la una dinámica historia textual se congeló en el tiempo. No es accidental que (como observa Walter Goffart) tanto Jordanes como Pablo Diácono escribieran sus historias cuando sus reinos respectivos habían colapsado. Los reinos de godos, lombardos, o francos tuvieron que acomodar un equilibrio dinámico de diferentes grupos étnicos. Esto también explica la relativa escasez de títulos étnicos en el período temprano de los *regna* que Andrew Gillet ha observado. Su contribución proporciona un panorama muy valioso y defiende cambios en el foco desde la germinal *Intitulatio I*⁴¹ de Wolfram (su lista pudo ser completada por ejemplo, con documentos preservados sobre las pizarras visigodas que tienen el título *rex* sin especificación,⁴² o con los códigos legales y estatutos anglo-sajones, ambos incluyen ejemplos tales como *rex Cantuarorium*,⁴³ pero las proporciones relativas quedarán). Odoacro lideró un ejército multi-étnico de federados panonios y fue quizá deliberadamente opaco acerca de su propio trasfondo étnico, tanto que autores contemporáneos y modernos no están de acuerdo en si era germano o huno, turingio o hérulo, o si perteneció a los escirios (como es muy probable) o a los enigmáticos turcilingos.⁴⁴ *Teodoricus rex* no legisló solo a sus godos, sino a toda Italia. El “título

⁴¹ Herwig Wolfram, *Intitulatio*, vol. I: *Lateinische Königs- und Fürstentitel bis zum Ende des 8. Jahrhunderts*, Mitteilungen des Instituts für Österreichische Geschichtsforschung, Ergänzungsband, 21 (Graz, 1967).

⁴² Isabel Velásquez Soriano, *Las pizarras visigodas: Edición crítica y estudio, Antigüedad y cristianismo*, 6 (Murcia, 1989) (nuevamente reeditadas como Isabel Velásquez Soriano, *Documentos de época visigoda escritos en pizarra (siglos VI-VIII)*, 2 vols. (Turnhout, 2000)), e.g. nos 41, 43.

⁴³ Antón Scharer, *Die angelsächsische Königsurkunde im 7. und 8. Jahrhundert*, Veröffentlichungen des Instituts für Österreichische Geschichtsforschung 26 (Viena, 1985), p. 64; *The Laws of the Earliest English Kings*, ed. Por Frederick L. Attenborough (Cambridge, 1922), pp. 18, 24.

⁴⁴ R. Reynolds y R.S. Lopez, “Edica: German or Hun?”, *American Historical Review*, 52 (1946), 36-53; Walter Pohl, “Edika”, en *Reallexikon der germanischen Altertumskunde* VI (1986), pp. 446-47; Herwig Wolfram, *Das*

absoluto” como Wolfram observó, podía ser entendido en un sentido más general, mientras la especificación étnica implicaría una limitación a su mandato.

Aún, en algunas ocasiones el discurso étnico fue usado para tranquilizar a aquellos que compartieron esta identidad. En ese aspecto, el prólogo del *Edicto* de Rotario y prólogo más largo de la *Lex salica* son afirmaciones extraordinariamente fuertes. Rotario data la promulgación del código legal por la entrada de Alboin en Italia, declara que su objetivo es facilitar la defensa contra los enemigos, y luego, *propter futuris temporis memoria*^{*}, da una lista real de diecisiete generaciones que corre paralela a la de *Origo gentis Langobardorum*, además de su propia genealogía sobre diez generaciones. Esto es suplementado con la providencia divina y con los préstamos de la retórica del *Codex Theodosianus*. El epílogo (Rotario 386) abunda en referencias a leyes transmitidas oralmente de “nuestros padres” y las necesidades de la *gens nostra*.⁴⁵

Este prólogo estaba dirigido hacia una audiencia específica de nobles lombardos de la corte de Pavía. Documentos similares fueron transmitidos sólo raramente. La promulgación de las leyes de Alarico II en el año 506 tenía una audiencia mucho más mezclada de aristócratas godos y galorromanos; el rey necesitaba acentuar que él gobernaba sobre ambos, no solamente a los godos. Le tomó un largo tiempo a la retórica étnica para realmente popularizarse; su encumbramiento entre los lombardos fue alcanzado en el siglo IX y X en Benevento cuando inscripciones, poesía, y prólogos a la ley abundan en glorificación de la *gens (Lango)bardorum*. Por este tiempo, la identidad lombarda se había extendido para incluir a gran parte de la población de habla romance, mientras que los lombardos habían perdido la mayor parte de su estilo de vida distintivo, y tuvieron que depender de la retórica para afirmar su antiguo prestigio. Dos de las tres copias preservadas de las *Leges Langobardorum* que incluye el *Origo gentis Langobardorum* fueron copiadas en el sudeste de Italia poco después del 1000.⁴⁶

Para reiterar, porque este punto que he mencionado repetidamente ha sido ignorado constantemente en todas las críticas disparadas a la teoría de etnogénesis en este volumen: considero como plausible que tradiciones pre-etnográficas no romanas, jugaron algún papel en la creación de la identidad de los nuevos pueblos que dominaron en los reinos post-romanos, pero este supuesto no es esencial para entender los procesos étnicos. Tanto si

Reich und die Germanen: Zwischen Antike und Mittelalter, Siedler Deutsche Geschichte, 1 (Berlín, 1990), pp. 264-265.

* N. de T. “la memoria de los tiempos futuros”.

⁴⁵ Pohl, “Memory, Identity, and Power in Lombard Italy”, en *The Uses of the Past in the Early Middle Ages*, ed. por Yitzhak Hen y Matthew Innes (Cambridge, 2000), pp. 9-28.

⁴⁶ Pohl, *Werkstätte der Erinnerung*, pp. 108-51.

fueron inventadas o sólo parcialmente inventadas, tales tradiciones pudieron jugar un rol análogo: el mundo en el cual los bárbaros se habían asentado sobre suelo romano presentaba altos riesgos, desafíos, y problemas de adaptación; las narraciones pudieron dar un significado a esta difícil situación.⁴⁷ Quizá los esfuerzos de los grupos étnicos en EE. UU. para preservar o recrear sus identidades separadas mientras se enfrentan al desafío de la sociedad de alrededor, muy estudiados por la sociología actual, pueden dar un punto de comparación.⁴⁸ En ciertos puntos, tenemos evidencias de que los reyes y sus consejeros, usaron y manipularon el discurso étnico para apoyar su poder: el discurso escrito por Casiodoro para el rey Atalarico en el Senado o el prólogo del rey Rotario son ejemplos (dirigido más bien a diferentes audiencias). Pero la agencia real ciertamente no fue el único camino por el cual las identidades étnicas pudieron extenderse; es simplemente el más obvio. Para ponerlo en términos de una dicotomía, a menudo oscurecida en debates recientes: la ideología étnica, como un esfuerzo consciente por promover ciertas ideas, hizo uso del discurso étnico, el modo en gran parte no reflejado, en el cual la gente hablaba acerca de etnicidad sobre la base de ciertas suposiciones implícitas. Un caso importante y desconcertante sin la agencia real es el de los eslavos tempranos. He sugerido que su surgimiento representa sobre todo el despliegue de un modo de vida que, a diferencia de los reinos post-romanos del oeste, no dependió de la infraestructura romana.⁴⁹

Por supuesto, tenemos poca evidencia de cuán fuertes fueron realmente las identidades étnicas; es más probable que difirieran mucho a lo largo del espacio y el tiempo. Pero lo que pueden ayudar a explicar es la coherencia relativamente más grande de grupos étnicos en comparación con los ejércitos o séquitos “normales”. Cuando el *comes* romano Bonifacio murió, le dijo a sus seguidores que se asociaran a su archirrival Aecio, y a su esposa que se casara con él.⁵⁰ De la misma forma, cuando Estilicón o Aecio fueron muertos, sus ejércitos se disolvieron. Cuando Alarico o Ataulfo murieron, sus godos eligieron otro rey.⁵¹ Estoy lejos de suponer que la “*gentiles Bewußtsein*” fue todo lo que los motivó. Pero ser una *gens* debe haber hecho una diferencia, haberles dado algún sentido de pertenencia. Las recientes cruzadas seguramente fueron una buena parte de esta identidad compartida. Pero

⁴⁷ Hayden White, *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation* (Baltimore, 1987).

⁴⁸ Cf. *Ethnic Los Angeles*, ed. por Roger Waldinger y Mehdi Bozorgmehr (Nueva York, 1996); *Theories of Ethnicity: A Classical Reader*, ed. por Werner Sollors (Nueva York, 1996).

⁴⁹ Pohl, *Die Awaren: ein Steppenvolk in Mitteleuropa 567-822n. Chr* Munich, 1988); idem, “Salvs”, en *Late Antiquity: A Guide*, pp. 608-09. El modelo de Florin Curta en su *Making of the Slavs* es diferente, pero no incompatible con mi punto de vista.

⁵⁰ *Comes Marcellinus, Chronicon*, ed. por Theodor Mommsen, MGH AA xi, 78.

⁵¹ Zósimo, *Histoire nouvelle*, ed. por François Paschoud, 3 vols. En 5 (Paris, 1971-89), V 34.2, V 35.6 (Estilicónn); Jordanes, *De origine actibusque Getarum*, en Jordanes, *Romana et Gética*, ed. por T. Mommsen, *Monumenta Germaniae Historica, Auctores antiquissimi* v. 1 (Berlín, 1882), 158-64 (Alarico, Ataulfo). Cf. Kulikowski en este volumen, p. 81.

las tropas de Aecio se habían reunido en la batalla de 451 contra Atila, y otras victorias. Si de los ejércitos de Alarico y Teodorico se contaron historias sobre viajes a través del mar en tres botes, batallas contra los vándalos, y brujas godas, sólo podemos adivinarlo. Sabemos que los norteamericanos de hoy en día escuchan acerca del Mayflower, el Álamo y Pocahontas, y que para muchos, estos relatos importan. En cualquier caso, las hazañas militares solas no fueron una base suficiente para construir un reino, y tampoco lo fue la lealtad personal a un caudillo.

Los bárbaros no vinieron ni con mitos definidos ni con identidades definidas. La investigación moderna ha tratado de establecer categorías claras y ha oscurecido la cantidad de paradojas y ambigüedades en las fuentes, incluso en lo que respecta a los nombres. El término anglo-sajones, por ejemplo, fue acuñado por autores continentales hacia el 800 y sólo muy lentamente recibido en Inglaterra; antes de esto, las identidades fueron etiquetadas por referencia a los reinos (Kent, Wessex, Mercia) y el origen putativo continental (anglos, sajones, jutos, frisonos), mientras que anglos, sajones, sino también *Garmani* fueron usados para la totalidad.⁵² La mayoría de los pueblos constaban, como remarca Andrew Gillet, en subgrupos que muy probablemente fueron más importantes para los individuos, pero no siempre son bien atestiguados: godos tervingos y greutungos; alamanes brisigavos, lentienses, y otros; o vándalos silingos y asdingos. Otros grupos que fueron atraídos dentro de la órbita de un grupo dominante más o menos preservaron sus identidades a un nivel local (tal como los gépidos bajo la ley lombarda o ávara), como subgrupos regionales (tal como los rugos bajo los ostrogodos, que preservaron activamente su identidad a través de la endogamia y la organización política)⁵³, o aún como una segunda nación precisada en el título real (tal como los alanos en el reino vándalo). Nuevos subgrupos regionales pudieron emerger, tal como el *sermesiano* bajo la ley ávara⁵⁴ o los provenzales en el reino franco. Los procesos étnicos fueron (y son) desarrollos complejos, de larga duración; una de las desventajas del término etnogénesis es que sugiere un origen del *ethnos* en un estadio inicial limitado. La formación étnica de un grupo podía fallar, y el grupo desaparecer, como ocurrió con tantos pueblos en la era de migración: rugos, gépidos, hérulos, y finalmente godos también. Éxito y fracaso son simplemente términos descriptivos; la reconstrucción cuidadosa de los procesos étnicos, sus contextos políticos, y su percepción en las fuentes es la principal aproximación metodológica propuesta por la escuela de Viena. El análisis de las

⁵² Walter Pohl, "Ethnic Names and Identities in the British Isles: A Comparative Perspective", en *The Anglo-Saxons from the Migration Period to the Eighth Century: An Ethnographical Perspective*, ed. por John Hines, *StHistArch*, 2 (Woodbridge, 1997), pp. 7-40.

⁵³ Peter Heather, "Disappearing and Reappearing Tribes", en *Strategies of Distinction: The Construction of Ethnic Communities, 300-800*, ed. por Walter Pohl y Helmut Reimitz, *TRW*, 2 (Leiden, 1998), pp. 95-111.

⁵⁴ Pohl, *Die Awaren: ein Steppenvolk in Mitteleuropa 567-822n. Chr* (Munich, 1988), pp. 274-81.

leyendas de origen y del discurso étnico es sólo una de las herramientas en lo que es necesariamente un bricolaje, tratando de usar por completo la caja de herramientas de la antigüedad tardía y los tempranos estudios medievales.

Estudiar la etnicidad en este período también tiene que ser una empresa interdisciplinaria. Hay, sin embargo, un problema metodológico en el uso de los métodos filológicos y arqueológicos.⁵⁵ Lo último es discutido en las contribuciones de Sebastian Brather y Hubert Fehr, representando un debate renovado en la arqueología alemana, que es encabezado por la escuela de Friburgo de Heiko Steuer.⁵⁶ Como historiador, yo sólo puedo contribuir con algunas consideraciones generales simplemente bosquejadas aquí. Como Brather (pp. 158-59 arriba) justificadamente remarca, las culturas arqueológicas son abstracciones basadas en la selección de características arbitrarias de un continuo de diferencias. Como un principio metodológico, esta cultura arqueológica tiene que ser establecida independientemente de los fenómenos reconstruidos a partir de otras fuentes: los hablantes de un idioma (también una abstracción que incorpora un cierto conjunto de dialectos e idiolectos sobre la base de rasgos distintivos), una comunidad política (por ejemplo, el *regnum Francorum*) y, finalmente, lo más alusivo de todos, el “pueblo”⁵⁷. Culturas vecinas comparten muchos atributos culturales, y un vistazo a la distribución en los mapas, la base principal para las adscripciones étnicas, muestra que aún los tipos de objetos clasificados como étnicamente relevantes son raramente encontrados sólo dentro del área de asentamiento “étnico” propuesta sobre sus bases. Aún métodos estadísticos y un amplio rango de objetos no solucionan el problema, como en el análisis de los alamanes y francos de Frank Siegmund, mencionado por Brather⁵⁸. Siegmund propone una identificación étnica de los francos sobre la base de hachas (la “*francisca*”)⁵⁹ y vasijas de vidrio en tumbas, pero incluso sus números muestran sólo diferencias estadísticas moderadamente significantes.

⁵⁵ No puedo entrar aquí en el problema metodológico del uso de reconstrucciones del lenguaje y etimologías (tocado en el artículo de Walter Goffart) En cualquier caso, el lenguaje no es coextensivo con la identidad étnica (véase Pohl, “Telling the Difference”, pp. 22-27); y muchas etimologías para los etnónimos son hipotéticas.

⁵⁶ Otras opiniones recientes: Horst Wolfgang Böhme, “Kontinuität und Traditionen bei Wanderungsbewegungen im frühmittelalterlichen Europa vom 1. bis zum 6. Jahrhundert”, *Archäologische Informationen*, 19 (1996), 89-103; Falko Daim, “Archaeology, Ethnicity and the Structures of Identification: The Example of the Avars, Carantanians and Moravians in the Eighth Century”, en *Strategies of Distinction: The Construction of Ethnic Communities, 300-800*, ed. por Walter Pohl y Helmut Reimitz, TRW, 2 (Leiden, 1998), pp. 71-93.

⁵⁷ He argumentado esto más ampliamente en Pohl, *Germanen*, pp. 8-10.

⁵⁸ Frank Siegmund, *Alemannen und Franken* (Berlín, 1000); para su base teórica, véanse pp. 55-73. Véase Brather, pp. 153-57 arriba.

⁵⁹ Para una perspectiva escéptica de la llamada *francisca* como un signo de identidad franca: Pohl, “Telling the Difference: Signs of Ethnic Identity”, en *Strategies of Distinction: The Construction of Ethnic Communities, 300-800*, ed. por Walter Pohl y Helmut Reimitz, TRW, 2 (Leiden, 1998), pp. 17-69, ver pp. 33-37.

Por lo tanto, ¿las culturas arqueológicas no tienen relación para nada con los grupos étnicos? En muchos casos, esto puede ser correcto. Pero en otros, no sería tan pesimista como Brather. Si, a finales del siglo VI, un cierto tipo de cementerios concluye en Panonia alrededor del período cuando una cultura arqueológica similar comienza en Italia, y sabemos a partir de las fuentes escritas que los lombardos migraron hacia Italia en el año 568, se nos permite conectar los dos fenómenos?⁶⁰ Tales casos siempre presentan la dificultad metodológica de deducir la datación del material en cuestión demasiado fácilmente de la fuente escrita, y así puede terminar en un círculo vicioso; y en efecto, excavaciones recientes han producido una considerable cantidad de objetos “estilo-lombardo” en tumbas panonias posteriores a 568.⁶¹ Pero en general, datar objetos tempranamente medievales se ha vuelto muy sofisticado sobre la base de métodos puramente arqueológicos, entonces hay un correctivo metodológico, y parece admisible conectar los respectivos cementerios con los lombardos. Sin embargo (y esta es otra de las observaciones de Brather, pp. 164-167 arriba), esto no puede nunca ser la prueba para identificar a ningún individuo como lombardo, ávaro, o miembro de cualquier otro grupo étnico definitivo. Muchos de los objetos en las tumbas pueden haber sido signos de identidad étnica, pero no tenemos directo acceso a sus valores simbólicos; las fuentes escritas ofrecen a penas algunas pistas como he argumentado detenidamente.⁶² En ciertos casos, una cultura arqueológica puede ser vinculada con un grupo étnico, pero es una relación precaria que no necesariamente nos permite reconstruir un paisaje étnico que no es más preciso de que lo que podemos inferir a partir de las fuentes escritas.

Una razón de por qué una identificación de una simple persona, aún con atavío típico, es problemática, es que conocemos poco acerca cuán penetrantes fueron en realidad las identidades étnicas en el periodo. ¿Cuándo y a quién importó la etnicidad? Esto nos retrotrae a una pregunta implícita en el texto de Andrew Gillett, ¿cuán importante era el discurso étnico? Los ejércitos romanos y bárbaros del período migratorio seguramente se sintieron más afines entre ellos que con la población civil: “sus preocupaciones y puntos de vista

⁶⁰ Volker Bierbrauer, “Die Landnahme der Langobarden in Italien aus Archäologischer Sicht”, en *Ausgewählte Probleme europäischer Landnahmen des Früh- und Hochmittelalters: Methodische Grundlegendiskussion im Grenzbereich zwischen Archäologie und Geschichte*, ed. por Michael Müller-Wille y Reinhard Schneider, Vorträge und Forschungen, 41.1 (Sigmaringen, 1993), pp. 103-72.

⁶¹ Por ejemplo, en el cementerio recién excavado de Zamárdi: véase, más recientemente, *L'oro degli Avari: Un popolo dell steppe in Europa* (Milán, 2000). La cultura arqueológica ávara — los arqueólogos han excavado cerca de 50.000 tumbas de entre finales del siglo VI y c. 800 en la cuenca cárpata— es otro caso en el cual una cultura arqueológica corresponde bastante bien con lo que sabemos acerca de un pueblo; véase *Awarenstudien*, ed. por Falko Daim, *Archaeologia Austriaca Monographien*, 1 (Viena, 1992).

⁶² Pohl, “Telling the difference: Signs of Ethnic Identity”, en *Strategies of Distinction: The Construction of Ethnic Communities, 300-800*, ed. por Walter Pohl y Helmut Reimitz, TRW, 2 (Leiden, 1998), pp. 17-69.

estaban lejos de ser puramente étnicos”⁶³. Cuando, en el transcurso de la guerra goda, una ciudad asediada era tomada, los soldados derrotados del enemigo eran generalmente integrados al ejército victorioso, “en iguales términos”, (ἐπὶ τῇ ἰσῆ καὶ ὁμοίᾳ); la población civil era a menudo vendida como esclava o aún, masacrada.⁶⁴ Pero todavía estos soldados preservaron su identidad étnica, y Procopio, un testigo ocular de las guerras de Justiniano, pudo identificarlos y conoció mucho acerca de sus antecedentes e historia.⁶⁵ Posiblemente, la necesidad de identificación étnica creció en entornos que eran étnicamente heterogéneos, como el ejército romano o las áreas del corazón del Imperio. Pero aún como hoy, de acuerdo a Abner Cohen, los grupos étnicos dentro de Estados Unidos representan “nuevas formas sociales”, no una “supervivencia de la época de la migración masiva”⁶⁶, las nuevas identidades étnicas sobre territorio romano no fueron simplemente importadas de los bosques de Germania. Hubo “nuevas formas sociales” de identificación en un complejo entorno. El propio concepto de *gens* no fue, como Wenskus ha afirmado, una idea puramente germánica, sino que dependió lo mismo por lo menos de la historia bíblica y la etnografía clásica. Entendida de esta forma, la etnicidad estaba destinada a durar en la cultura europea, y fue mucho después exportada a otras culturas.⁶⁷ Pero este fue un proceso gradual, y no necesitamos esperar encontrar manifestaciones fuertes de etnicidad a cada paso en nuestro registro.

Asimismo, no deberíamos descartar como ficciones literarias ninguna de las expresiones de identidad étnica que encontremos. Si hay una aproximación común en las distintas contribuciones bastante heterogéneas en este volumen, es una llamada de precaución para el uso de las fuentes. “Las fuentes no son un espejo que distorsiona la imagen entre nosotros y el pasado bárbaro. Son una barrera opaca”, como Kulikowski (p. 82 arriba) señala. Sugeriría que de cierto modo son ambas. Pero además, también, son parte de un fenómeno que estamos tratando de asimilar. La etnicidad no está en algún lugar allá en la

⁶³ Pohl, ‘Telling the difference: Signs of Ethnic Identity’, en *Strategies of Distinction: The Construction of Ethnic Communities, 300-800*, ed. por Walter Pohl y Helmut Reimitz, TRW, 2 (Leiden, 1998), pp. 17-69, véase p. 67.

⁶⁴ Walter Pohl, “The Empire and the Lombards: Treaties and Negotiations in the Sixth Century”, en *Kingdoms of the Empire: The Integration of Barbarians in Late Antiquity*, ed. por Walter Pohl, TRW 1 (Leiden, 1997), pp. 75-134.

⁶⁵ En muchos casos, su interés en la historia de vándalos, godos, hérulos, y otros comenzó con su cruce a territorio romano. Excepto por pocos casos (i.e.: los hunos), no hay historia de origen. Esto puede ser un argumento en cuanto a los orígenes remotos como la llave de las identidades étnicas, pero también indica que los observadores de afuera como Procopio no se interesaron en historias de origen.

⁶⁶ Abner Cohen, *Urban Ethnicity*, Association of social Anthropologist of the Commonwealth Monograph, 12 (Londres, 1974), p. xv. Cf. también *Ethnic Identity: Creation, Conflict and Accommodation*, ed. por Lola Romanucci-Ross y George DeVos, 3ª ed (Walnut Creek, CA, 1995); *Social Identity Processes: Trends in Theory and Research*, ed. por Dora Capozza y Rupert Brown (Londres, 2000).

⁶⁷ Patrick J. Geary, *The Myth of Nations: The Medieval Origins of Europe*, (Princeton, 2001), esp. pp. 175-74 sobre la etnogénesis zulú.

oscuridad, mientras nuestras fuentes exhiben poco interés en explicárnosla. Las identidades étnicas en un mundo tan complejo como la Antigüedad Tardía solo existían a través de esfuerzos para hacerlas significativas. Los grupos cara a cara, las comunidades locales y regionales podían compartir un sentido de pertenencia sin mucho esfuerzo; sólo necesitaron distinguir entre “nosotros” y “ellos”. Godos y francos vivían en un mundo en donde esto no fue suficiente. Eran *gentes* entre muchos otros, distribuidos sobre amplias áreas; darles un sentido de comunidad requería formas más sofisticadas de comunicación. Esta es una idea que he propuesto repetidamente, y no es simplemente funcionalista o instrumentalista. Toma en cuenta la construcción social de la realidad, pero tampoco es del todo constructivista.⁶⁸

Las contribuciones de este volumen consideran las fuentes latinas, especialmente las narrativas, como intrascendentes para las identidades bárbaras: una barrera opaca. Pero esta suposición descansa sobre una firme dicotomía entre romanos y bárbaros que ha sido sostenida incluso en el siglo VI. Podemos estar medianamente seguros de que los alamanes sobre la orilla derecha del Rin o los hunos en las estepas pónticas, tomaron poca nota de lo que Amiano escribió acerca de ellos. Pero las cosas cambiaron. Tomemos el ejemplo de Ataulfo (una notable ausencia por otro lado de Kulikowski, en general, de la convincentemente sobria reconstrucción de la migración goda). Orosio (*Hist.* VII 43) recuenta cómo escuchó a un noble ciudadano de Narbona hablar en la casa de Jerónimo en Belén, donde afirmó que había sido muy familiar con Ataulfo en Narbona. Este hombre contó la famosa historia de cómo Ataulfo primero deseó volver a *Romania* en *Gothia* pero por experiencia se convenció de que los godos debían convertirse en defensores del Imperio romano. Uno puede debatir si este relato puede servir como un espejo deformante o como una barrera opaca de lo que Ataulfo “realmente” dijo. Pero la historia otorga acceso de primera mano a un debate entre los romanos acerca del rol de los godos en el imperio. Jerónimo, Orosio (delante de él, Agustín y Varrón), un *uir inluster* de Narbona: estos no fueron observadores distantes de realidades muy alejadas de su esfera de influencia. Podemos inferir alguna relación entre la publicación de las *Historias* de Orosio y el asentamiento de los godos en el 418. La comunicación entre godos y romanos influyentes fue intensa aún antes de que el primer *regnum* godo sobre suelo romano fuera fundado, y esta comunicación ocurrió en el mundo real. En toda su escasez, los textos transmitidos, para nosotros representan trazos de esa comunicación, una llave para debatir conceptos, ansiedades, e inseguridades que crecientemente involucraron tanto a romanos como a bárbaros. Hay que admitir que sabemos menos acerca de muchas cosas que algunos eruditos

⁶⁸ Para una actual visión general de la discusión, véase Smith, *Nation in History*, esp. Pp. 61-69.

de generaciones más tempranas estaban seguros (y algunos aún son). Pero esto depende de la clase de preguntas que hagamos.

Por lo tanto, concuerdo con la llamada al pragmatismo de Kulikowski; necesitamos mirar las fuentes como trazos específicos de comunicación, y tratar de “preguntar en cada simple ocasión qué significa identificación étnica en contexto, por qué el comentario étnico se sintió necesario” (p. 84 arriba). Sin embargo, no creo que esto sea necesariamente incompatible con tener herramienta teórica a mano que ayuden a hacer preguntas más concisas. Paul Veyne nos ha advertido que tratar de “tomar la evidencia en sus propios términos” (ver Kulikowski, p. 83 arriba), fácilmente lleva a seguir de todos modos el uso de un modelo teórico, sin entenderlo.⁶⁹ Pero un único modelo teórico a penas será suficiente. “La teoría de etnogénesis”, en su forma tradicional como la presentó Wenskus, ha aguzado las percepciones para ciertos fenómenos que habían sido ignorados hasta ahora, pero ha oscurecido otros. Los intentos más recientes por presentar un modelo han sido más inclusivos.⁷⁰ Los artículos de este volumen no tienen ninguna alternativa coherente o incluso debatible que ofrecer. Pero con algo de suerte, si la discusión puede ser recuperada de alguno de sus malentendidos e insinuaciones difamatorias, ésta guiaría (y muchas contribuciones en este libro proveen buenos puntos para comenzar) a un entendimiento más diferenciado del modo en el cual el discurso étnico vino a influir a la sociedad medieval y moderna.

Existen traducciones al castellano de las obras citadas de: Amiano Marcelino, Casiodoro, Jordanes, Pablo Diácono, Zósimo.

⁶⁹ Paul Veyne, *L'inventaire des differences* (París, 1976)

⁷⁰ Véase Kulikowski, p. 70 arriba, y su n. 5, con referencia a Geary, “Barbarians and Ethnicity and Myth of Nations” en *Late Antiquity: A Guide to the Postclassical World*, ed. por G. W. Bowersock, Peter Brown y Oleg Grabar (Cambridge, MA, 1999).